

LA PIEDAD CATÓLICA, LUGAR DE ENCUENTRO

SUMARIO

PRIMERA PARTE:

1. Aclaraciones previas
2. La Iglesia
 - 2.1. Pueblo y Familia de Dios.
 - 2.2. Incorporación y pertenencia.
3. Piedad popular
 - 3.1. El mestizaje latinoamericano.
 - 3.2. Cultura y culturas.
 - 3.3. Nuestra piedad popular y católica.
 - 3.4. Valores y desvalores.

SEGUNDA PARTE:

4. En la piedad católica
 - 4.1. Enseñanza de la historia.
 - 4.2. Encuentro fecundante.
 - 4.3. Expresiones de piedad católica.
 - 4.3.1. Devoción a María:
 - A. Culto.
 - B. Devoción.
 - C. Devociones.
 - D. María de América.
 - 4.3.2. Devoción a los Santos.

PRIMERA PARTE

La Iglesia en América Latina se apresta a celebrar los quinientos años de su evangelización y se halla comprometida en la concreción de una nueva manera

de anunciar a Cristo. La reciente visita del Papa Juan Pablo II a varios de nuestros países del Cono Sur, nos estimula en este sentido. Quisiera reflexionar sobre la *Piedad Católica*: la piedad del pueblo y familia de Dios. Se trata, no lo dudamos, de un signo de nuestros tiempos; así lo atestigua el Papa Pablo VI: "un nuevo descubrimiento casi generalizado"¹. Creemos que las expresiones de piedad del pueblo fiel son camino cierto para un encuentro con el Señor y con todos los hermanos en la fe.

En primer lugar, haremos algunas *aclaraciones* de términos que usaremos con frecuencia. Diremos, luego, algunas palabras sobre la *Iglesia* en cuanto pueblo y familia de Dios. En tercer lugar, abordaremos la *piedad popular* en América Latina. Por último, nos detendremos a considerar esta misma piedad, popular y católica, como *lugar de encuentro*.

1. Aclaraciones previas

A lo largo de lo que iremos diciendo aparecerán algunos términos que conviene precisar. Varios de ellos son usados hoy día con diferentes acepciones; importa, pues, aclarar previamente el sentido que les damos.

Religión: Forma concreta, visible y social de relación personal y comunitaria del hombre con Dios. Es la necesaria encarnación y expresión de la fe.

Ritos: Son cristalizaciones de signos o símbolos. No tienen necesidad de ser explicados, son para ser vividos. Permiten un conocimiento no circunscripto o definido, arrojan sencillamente hacia el misterio.

Culto: Veneración por un ser basada en su excelencia y en la sumisión que se experimenta en su presencia.

Piedad: Sumisión y reverencia debida a Dios en cuanto Padre.

Devoción: Voluntad pronta para entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios.

Devociones: Aspectos de la doctrina cristiana encarnados en prácticas piadosas, internas y externas, por medio de las cuales se acentúa la vivencia de alguna dimensión del misterio de Cristo.

Cultura: Sistema de valores y actitudes ante las necesidades cumbres y límites, es decir, ante Dios, los hombres, el mundo, la muerte...

Pueblo: No lo entendemos como una categoría científica o desde una

1. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* .48.

perspectiva clasista o socio-económica, sino desde un ángulo histórico y social. Entendemos, pues, por pueblo, un conjunto de hombres unidos por una comunidad de cultura, historia y destino. Y en modo particular, al decir pueblo deseamos referirnos, aunque no exclusivamente, a aquellos que el Papa Pablo, en un contexto de piedad popular, denomina pobres y sencillos².

Historia: Articulación de opciones personales libres que dan sentido a la sucesión del tiempo y tienden hacia un fin común.

Elites: Grupos dirigentes más avanzados, dominantes en los campos de la religión, cultura, profesión, economía y poder. Dentro de estos grupos, hay que distinguir, a su vez, las minorías comprometidas que ejercen una influencia actual o potencial en los distintos ámbitos de decisión mencionados.

2. La Iglesia

La Iglesia es una realidad misteriosa y compleja. Por lo mismo, son necesarias muchas denominaciones y figuras para expresarla. Recordemos algunas de las usadas en la Escritura y la Tradición: gemen y principio del Reino de Dios; redil; labranza de Dios; edificación de Dios; familia de Dios; Jerusalén celestial; esposa del Cordero; cuerpo místico; sacramento de salvación y comunión...³.

Ahora bien, el pasado Concilio Vaticano II, no obstante haber reconocido todas estas denominaciones, prefirió definir a la Iglesia con el título de Pueblo de Dios. Otro tanto hicieron nuestros Obispos reunidos en Puebla, aunque acentuaron el carácter de familia que posee dicho pueblo. Veamos lo que nos enseñan nuestros pastores sobre el misterio de la Iglesia en cuanto *pueblo y familia de Dios*; esto nos permitirá, en un segundo momento, tratar el tema de la incorporación y pertenencia a la misma.

2.1. Pueblo y Familia de Dios

La primitiva comunidad cristiana tuvo muy pronto conciencia de que, el Antiguo Testamento era una preparación y figura de lo acontecido en Cristo⁴. De esta manera se consideró a sí misma como el nuevo *Pueblo de Dios*, fundamentado y constituido en Cristo y su Alianza⁵.

2. *Idem, Ibid.*; Cf. Mt 11,25-26.

3. Cf. Vaticano II, *Lumen Gentium* 5-7.

4. Cf. *I Co* 10,6.

5. Cf. *Hch* 15, 13-18; *Tr* 2, 11,14; *IP* 2, 9-10; etc.

El Vaticano II nos explica el sentido de este título en una densa página de la constitución dogmática *Lumen Gentium*:

“En cualquier tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia. Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí. Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne... Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre, lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo, no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo, pasan, finalmente, a constituir ‘un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición...’, que en un tiempo no era pueblo y ahora es Pueblo de Dios”⁶ 7.

Del texto recién citado, y de los párrafos que le siguen, podemos espigar unas cuantas características que nos ayuden a avanzar en la comprensión del misterio de la Iglesia.

Notemos ante todo que al preferir designar a la Iglesia como Pueblo de Dios, el Concilio está deseando enfatizar la *totalidad de los miembros* y no algún grupo individual: “los que creen en Cristo... son hechos Pueblo”. Se establece, pues, en primer lugar, la radical *igualdad* de condición de todos los miembros de Cristo: el pueblo mesiánico tiene a Cristo por Cabeza, todos gozan de la libertad y dignidad de los hijos de Dios, tienen por ley el amor, y su fin es dilatar más y más el Reino de Dios⁸. Esta igualdad, obviamente, no quita las *diferencias*, pero éstas se deben a los distintos servicios o ministerios: Cristo instituyó en la Iglesia diversos ministerios ordenados al bien de todos, para que todos alcancen la salvación⁹.

En segundo lugar, señalemos una verdad evidente: la Iglesia está compuesta de *hombres frágiles*. Si bien, los que creen en Cristo han “renacido” por la Palabra, el agua y el Espíritu, esto no quita que experimenten “tenta-

6. *IP* 2, 9-10.

7. Vaticano II, *Lumen Gentium* 9a; Cf. *Puebla*, 232, 235.

8. Cf. *Idem, Ibid.*, 9b.

9. Cf. *Idem, Ibid.*, 18; *Puebla*, 244-249.

ciones y tribulaciones”¹⁰ y que lleguen hasta sucumbir en ellas. Por eso, la Iglesia “encierra en su seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la purificación y de la renovación”¹¹. El “poder de la gracia prometido a la Iglesia para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne”¹², no es garantía para los miembros individualmente considerados, sino para el conjunto de ellos. Por eso la Iglesia es *santa* y pecadora¹³: santa, en cuanto elegida por Dios para ser instrumento de salvación, por la presencia del Espíritu Santo, por la santificación bautismal de sus miembros y por la presencia de santos en ella; y pecadora, pues algunos de los elegidos no responden plenamente a la elección...

Por último, importa señalar que *no hay pueblo sin alianza*. La Iglesia, en cuanto pueblo, nos remite a la Alianza en la sangre de Cristo y al renacimiento en el Espíritu. La noción de Pueblo de Dios expresa bien la dimensión histórico-social de la Iglesia, pero no su dimensión misteriosa e interior. Precisa, pues, ser complementada por otra noción que asuma el aspecto escatológico y mesiánico del Pueblo de Dios. No es entonces de extrañar que, al final del capítulo sobre el Pueblo de Dios, el Concilio nos presente también a la Iglesia como: “Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo”¹⁴.

En el *Documento de Puebla* el Pueblo de Dios se nos muestra como universal, santo, peregrino, enviado y, sobre todo, como un pueblo que es familia de Dios¹⁵.

El tema de *Familia de Dios* no se refiere a un aspecto parcial del Pueblo de Dios, es, por el contrario, su complemento íntimo, su rostro más profundo y vital¹⁶.

Esta visión de la Iglesia apela peculiarmente al hombre de nuestro continente, poseedor de una alta estima por los valores familiares. Pero además de su resonancia psicológica, esta imagen de la Iglesia posee una hondura teológica muy propia que vale la pena destacar. Los siguientes párrafos hablan por sí mismos y nos permiten ahorrar comentarios.

10. Cf. *Idem, Ibid.*, 9b; c.

11. Cf. *Idem, Ibid.*, 8c.

12. *Idem, Ibid.*, 9c.

13. Cf. *Idem, Ibid.*, 39; *Puebla*, 250-253.

14. *Idem, Ibid.*, 17.

15. *Puebla*, 236.

16. *Idem*, 240-243.

"La Iglesia no es el lugar donde los hombres se 'sienten' sino donde se 'hacen' —real, profunda, ontológicamente— Familia de Dios. Se convierten verdaderamente en hijos del Padre en Jesucristo, quien les participa su vida por el poder del Espíritu, mediante el bautismo...

De la filiación en Cristo nace la fraternidad cristiana. El hombre moderno... ha olvidado que la única forma de ser hermanos es reconocer la procedencia de un mismo Padrè.

La Iglesia, Familia de Dios, es hogar donde cada hijo y hermano es también señor, destinado a participar del señorío de Cristo sobre la creación y la historia. Señorío que debe aprenderse y conquistarse, mediante un continuo proceso de conversión y asimilación al Señor.

El fuego que vivifica la Familia de Dios es el Espíritu Santo. El suscita la comunión de fe, esperanza y caridad que constituye como su alma invisible, su dimensión más profunda, raíz del compartir cristiano a otros niveles...¹⁷

El tema de la Iglesia como Familia de Dios, según *Puebla*, ha de verse además en íntima relación con los textos mariológicos que subrayan la función y presencia materna de la Virgen en nuestras tierras. En efecto, "María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma Ella nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Y simultáneamente, ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así, María hace que la Iglesia se experimente como familia"¹⁸.

2.2. Incorporación y pertenencia

La universalidad o catolicidad es una de las notas características de la Iglesia. El único Pueblo de Dios debe extenderse a "todo el mundo y en todos los tiempos"¹⁹, y estar de esta forma presente a todas las razas de la tierra.

Pero la Iglesia, introduciendo el Reino de Cristo, "no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes, al contrario, fomenta y asume, y al asumir las, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno"²⁰. Siguiendo a Cristo, la Iglesia "está llamada a encarnarse en todo lo auténticamente humano"²¹.

Toda la humanidad está llamada a esta unidad universal del Pueblo de

17. *Idem*, 240-243.

18. *Idem*, 295.

19. Vaticano II, *Lumen Gentium* 13.

20. *Idem*, *Ibid.*

21. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 104.

Dios, que simboliza y produce la paz universal; y a ella "pertene-
cen o se ordenan de diversos modos" todos y cada uno de los hombres llamados a la salva-
ción"²².

Ahora bien, están incorporados *plenamente* a la Iglesia, aquellos que,
"poseyendo el Espíritu de Cristo, aceptan la totalidad de su organización" y
todos los medios de salvación establecidos en ella, y en su cuerpo visible es-
tán unidos con Cristo, el cual la rige mediante el Sumo Pontífice y los Obis-
pos, por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno
y comunión eclesial"²³.

Pero sabemos que los *grados de pertenencia* en toda sociedad humana
son diversos; las lealtades y el sentido de solidaridad no se expresan siempre
del mismo modo. Desde el punto de vista de la vivencia religiosa, tenemos
que no todos los hombres aceptan y viven el mensaje religioso de igual ma-
nera. En el nivel personal, un mismo hombre experimenta diferentes etapas
en su respuesta a Dios; y en el nivel social, no todos manifiestan su fe de igual
forma²⁴.

Y no sólo hay que admitir diversos grados de real pertenencia, sino tam-
bién en la *conciencia de dicha pertenencia*. Esta conciencia de pertenencia no
ha de medirse exclusivamente ni ante todo por la capacidad de "conceptuali-
zar la propia pertenencia" a la Iglesia, sino también por el "sentirse partícipe,
simbólica y afectivamente en ella". Este *sentimiento de pertenencia* se particu-
lariza, principalmente, en una ética de fraternidad y solidaridad, la comunión
de los santos y el recuerdo piadoso de los fieles difuntos, la participación en los
sacramentos y la aceptación de la institución eclesial, regida por el Papa y los
Obispos²⁵.

Es pues una continua tentación contra la unidad y catolicidad de la Igle-
sia el pretender convertirla en una minoría de "puros", o el oponer fácilmente
la religión de las "élites" y la religión del resto del pueblo fiel. Debemos tener
siempre muy claro que, en relación con la asunción del mensaje cristiano y
con su expresión religiosa, en todos crece el trigo y la cizaña²⁶.

3. Piedad popular

A fin de comprender en toda su amplitud y hondura la piedad popular

22. Vaticano II, *Lumen Gentium* 13; Cf. Puebla, 237.

23. *Idem, Ibid.*, 14.

24. Cf. *Medellín*, VI, 1:3.

25. Cf. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 123-127.

26. Cf. *Idem, Ibid.*, 60-62, 141.

latinoamericana diremos, en primer lugar, unas pocas palabras sobre el *mestizaje* en América Latina. Procuraremos, luego, iluminar el concepto de *cultura* subrayando la dimensión religiosa de la misma. Esto nos permitirá ubicar y subrayar la importancia de nuestra *piEDAD popular y católica*. Por último, indicaremos los *valores y desvalores* que la vivifican y debilitan.

3.1. El mestizaje latinoamericano

El mestizaje en América Latina conoce tres componentes básicos: El componente *indígena*, que abarca una multitud de etnias y lenguas, de formas culturales y religiosas, entre las que sobresalen la azteca, maya, chibcha, inca, caribe, aymará, araucana y guaní. El elemento *negro* proveniente de los esclavos traídos del Sudán (yorubas, fon), Congo y Angola (bantúes). Y el componente *europeo*, representado por españoles y portugueses²⁷.

El tema que ahora nos interesa es el de las formas y expresiones religiosas. Nos es imposible presentar las formas religiosas precristianas, indígenas y africanas. Nos detendremos solamente en la influencia de las expresiones cristianas dado que ellas imprimieron un sello profundo en nuestros pueblos que perdura hasta nuestros días²⁸.

Obviamente, la intensidad de esta influencia cristiana y de sus expresiones religiosas dependió de diversos factores. De aquí que, descontando las diferencias secundarias, podamos distinguir tres áreas o grupos diversamente configurados:

- México, Ecuador, Perú y Bolivia: las ricas culturas nativas y el bajo nivel de mestizaje hispano permitieron la existencia de variadas expresiones religiosas autóctonas junto a manifestaciones cristianas.
- Argentina, Chile, Paraguay, Colombia y Uruguay: el alto mestizaje hispano y las fuertes corrientes inmigratorias absorbieron las débiles culturas nativas, se dio de esta forma un claro predominio de las expresiones religiosas cristianas y pocas manifestaciones religiosas autóctonas.
- Brasil: con su fuerte influencia africana configura un cuadro religioso muy peculiar que merecería un estudio particular y detallado.

3.2. Cultura y culturas

Trataremos de precisar ahora el concepto de cultura. Aprovechamos pa-

27. Cf. *Puebla*, 307.

28. Cf. *Idem*, 5, 6, 9, 51.

ra este fin la rica enseñanza magisterial de Puebla y del Papa Juan Pablo II.

Valiéndose de una fórmula tomada de la *Gaudium et Spes*, Puebla integra un doble concepto de cultura, entendida como: desarrollo humano y modo o estilo de vida. Esto permite hablar simultáneamente de cultura en singular y cultura en plural. Veamos la descripción propuesta.

“Con la palabra cultura se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios, de este modo pueden llegar a un nivel verdadera y plenamente humano. Es el estilo de vida común que caracteriza a los diversos pueblos; por ello se habla de pluralidad de culturas”²⁹.

Esta concepción de la cultura puede sintetizarse así: actividad con que los hombres buscan autorrealizarse y que cada pueblo realiza según su propio estilo.

En los párrafos subsiguientes el *Documento de Puebla* retoma la descripción en forma analítica, análisis interrumpido por precisiones pastorales³⁰.

Y en el número 387 encontramos otro texto clave. La cultura es presentada como abarcante de toda la vida de un pueblo, del “conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan”, los cuales, al ser participados por todos, dan lugar a una “conciencia colectiva”. Estos valores, a su vez, se expresan y configuran en “formas” determinadas, siempre y cuando no sean impedidas por la intervención de otras culturas dominantes³¹.

A continuación se hace una importante afirmación: lo esencial de la cultura, su raíz, está constituido por “la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios”; es decir, “los valores o desvalores religiosos”³².

Los valores o desvalores religiosos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican allí donde el hombre encuentra respuesta a las preguntas fundamentales y definitivas. Por este motivo, la religión o la irreligión inspiran todos los otros órdenes de la cultura —ciencia, técnica, arte, ética, política— en cuanto los abre hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente³³.

29. *Idem*, 386; Vaticano II, *Gaudium et Spes* 53.

30. *Idem*, 388, 390, 393.

31. Cf. *Idem*, 51-62, 437-438, 451-452.

32. *Idem*, 389.

33. Cf. *Idem*, 389.

El Papa Juan Pablo II, de igual modo, funda su concepción personalista de la cultura sobre una base teológica. Nos dice:

"La alianza interior con la sabiduría es el fundamento de toda cultura y del verdadero progreso del hombre... El hombre ha de crecer y desarrollarse a partir del fundamento divino de su humanidad, es decir, como imagen y semejanza del mismo Dios. Y debe crecer y desarrollarse como hijo adoptivo de Dios"³⁴.

Por último, para lo que nos interesa, los párrafos 391 y 392 del Documento presentan las dimensiones individuales y socio-históricas de la cultura.

"La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación, y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales".

"La cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. La cultura es una realidad histórica y social".

La doble dimensión, social e histórica, de la cultura configura lo que llamamos nación. En efecto, según el Papa Juan Pablo, la nación es:

"la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero, sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe por y para la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan ser más en la comunidad. La nación es esta comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia".

Por consiguiente, toda nación tiene el derecho

"a fundamentar su cultura y su porvenir, esto no es el eco de ningún nacionalismo, sino que se trata de un elemento estable de la experiencia humana y de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre"³⁵.

A la luz del párrafo precedente se hace comprensible la siguiente declaración de los obispos argentinos:

"Hemos de devolver toda la importancia prioritaria que tiene el esfuerzo por mantener la propia identidad y los propios valores contra la influencia de presiones y modelos de vida que desestructurarían nuestro propio ser y nos entregarían a dominaciones inaceptables. Cometido éste que lograremos principalmente mediante el for-

34. Juan Pablo II, Homilía del 1-VI-89.

35. *Idem*, Discurso del 2-VI-80 en la UNESCO, n° 14.

talecimiento de las fuerzas espirituales de nuestra cultura"³⁶.

3.3. Nuestra piedad popular y católica

En íntima relación con lo que antecede, y siguiendo siempre bajo el magisterio de nuestros pastores, podemos hacer ahora una segunda afirmación de importancia capital. En la raíz y esencia de nuestra cultura no se encuentra una religiosidad cualquiera sino una religiosidad popular y católica. En palabras de Puebla:

"La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular"³⁷.

Pese a las deficiencias y al pecado siempre presentes, la fe de la Iglesia ha "sellado el alma de América Latina", marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en "matriz cultural del continente", de la cual nacieron los nuevos pueblos³⁸. El evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una "originalidad histórica cultural que llamamos América Latina"³⁹.

De lo anterior se desprende que la religiosidad popular asegura, en Latinoamérica, la universalidad o catolicidad de la Iglesia. Efectivamente,

"esta religiosidad del pueblo es vivida preferentemente por los pobres y sencillos, pero abarca a todos los sectores sociales y es, a veces, uno de los pocos vínculos que reúne a los hombres en nuestras naciones políticamente tan divididas"⁴⁰.

No obstante, sabemos que esta piedad popular católica no ha evangelizado aún a algunos grupos culturales autóctonos o de origen africano. Grupos que poseen, por su parte, riquísimos valores y guardan "semillas del Verbo" en espera de la Palabra viva⁴¹.

Habiendo ya dicho que los valores religiosos católicos son el fundamento de nuestra cultura, demos un nuevo paso hacia una caracterización más honda y peculiar de la misma. En su homilía, en el santuario de Zapopán, el Papa Juan Pablo II pronunció estas palabras:

"Se puede decir que la fe y la devoción a María y a sus misterios pertenecen a la iden-

36. *Iglesia y Comunidad Nacional*, 79.

37. *Puebla*, 444.

38. *Idem*, 445.

39. *Idem*, 446.

40. *Idem*, 447.

41. Cf. *Idem*, 451; para los aspectos ecuménicos que todo esto implica ver 1096-1127.

tividad propia de estos pueblos y caracterizan su religiosidad popular⁴².

La devoción a María, elemento cualificador e intrínseco de la genuina piedad de la Iglesia y del culto cristiano, constituye una experiencia vital e histórica en nuestra Patria Grande y pertenece a la íntima identidad de nuestros pueblos⁴³.

Esto nos ayuda a entender la preponderancia de lo "femenino" en nuestra cultura. Se trata de una cultura "sellada sobre todo por el corazón y la intuición"⁴⁴. Preponderancia que ha de ser complementada, precisamente, con la audacia y creatividad de las que la misma María nos da ejemplo⁴⁵.

Esta identidad mariana de nuestra cultura ha quedado luminosamente simbolizada en el "rostro mestizo de María de Guadalupe" que se yergue al inicio de nuestra evangelización⁴⁶.

3.4. Valores y desvalores

Toda manifestación o expresión religiosa es portadora de ciertos valores y, al mismo tiempo, tiene sus deficiencias y límites. De hecho,

"puede afirmarse que en ninguna parte hay religión o fe puras y que las creencias y ritos religiosos participan de la ambigüedad de todo lo humano"⁴⁷. La piedad popular latinoamericana, obviamente, no es excepción a esta regla.

Digamos, ante todo, que nuestra piedad popular está expuesta a muchas *deformaciones* propias de la religión, es decir, a supersticiones. Puede quedarse en un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial⁴⁸.

Sus aspectos negativos son de diverso origen. Desde una vertiente de causas ancestrales podemos señalar: superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo. Por deformación de la catequesis podemos

42. Cf. *Idem*, 454.

43. *Idem*, 283.

44. *Idem*, 414.

45. Cf. *Idem*, 293, 297-299.

46. *Idem*, 445; Cf. 282.

47. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 44.

48. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 48.

notar: arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato con Dios⁴⁹. Sintetizando podríamos hacer este listado de negatividades:

- Debilitamiento en el sentido de pertenencia a la Iglesia.
- Desvinculación entre fe y vida.
- Poca orientación hacia los sacramentos de la fe.
- Exagerada valoración del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su misterio.
- Idea deformada de Dios.
- Concepto utilitario de ciertas formas de piedad.
- Inclinação hacia el sincretismo religioso.
- Infiltración de espiritismo y prácticas religiosas del Oriente⁵⁰.

Todas estas deficiencias reales y posibles reclaman una pastoral que impregne de palabra evangélica las manifestaciones populares de la piedad, enfatice la fe en sus dimensiones personalizantes y comunitarias, y oriente hacia el culto litúrgico y eucarístico⁵¹.

Peró deseamos, sobre todo, indicar los valores innegables que presenta la piedad de nuestros pueblos. Ella refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Contiene un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra paciencia, sentido de la cruz, desapego, aceptación de los otros, devoción⁵².

Nuestros pastores reunidos en Puebla nos ofrecen una detallada lista de elementos positivos característicos de nuestra piedad popular y católica⁵³:

- Presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografía.
- Sentido de la providencia de Dios Padre.
- Cristo celebrado en su misterio de encarnación, cruz, eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón.
- Amor a María venerada como Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, y como Reina de nuestros países y de toda Latinoamérica.
- Los santos, honrados como protectores.

49. *Puebla*, 456.

50. *Idem*, 914.

51. Cf. *Medellín*, VI, 3:12-15; San Miguel, VI,5:6; *Puebla*, 457-469.

52. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 48.

53. *Puebla*, 454, 913.

- Devoción y recuerdo de los fieles difuntos.
- Conciencia de dignidad personal y de fraternidad solidaria.
- Conciencia de pecado y de necesidad de expiación.
- Capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos: cantos, danzas, imágenes, gestos, colores.
- La fe encarnada en el tiempo y en lugares: fiestas y santuarios.
- Sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la peregrinación cristiana.
- Capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria.
- Valor de la oración.
- Capacidad de sufrimiento y heroísmo en la confesión de la fe.
- Aceptación de los demás.
- Integración de los sacramentos y sacramentales en la propia vida.
- Respeto a los pastores como representantes de Dios.
- Afecto cálido por la persona del Papa.

Recordemos, por último, la constante interacción entre la fe del Pueblo de Dios y el magisterio de la Iglesia. Cuando la totalidad de los fieles cree, no puede equivocarse. Cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos prestan su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres, allí se puede decir que está la palabra de Dios. Un claro ejemplo de esto lo encontramos en la valorización decisiva que el magisterio infalible ha hecho de la fe del Pueblo de Dios en las dos definiciones marianas recientes: la Inmaculada Concepción y la Asunción de María a los cielos⁵⁴.

(Continuará)

*Monasterio de Ntra. Sra. de los Angeles,
CC 34 - 7300 Azul
Buenos Aires - Argentina*

Bernardo OLIVERA, o.c.s.o.

54: Vaticano II, *Lumen Gentium* 12; Cf. CELAM, *Iglesia y Religiosidad Popular en A.L.*, 94-99.